

sistema empieza a echar espumarajos [...]: hasta el escarnio de su religión democrática, hasta la denuncia de sus vacuas naderías y pomposidades, hasta la execración de sus turbias ideologías, hasta el altar donde Dios se hace carne». Honradamente, sólo estas páginas iniciales valen ya por todo el libro. Que, en todo caso, es bien valioso en cada una de sus páginas.

El lector de *Fuego y Raya*, naturalmente, al margen de sus afinidades literarias o estéticas, que le llevarán a preferir a unos u otros de los escritores de la galería, aprovechará sin duda, en su condición de interesado por los vericuetos de la conexión de la teología con la política católicas, especialmente las páginas dedicadas a Ernest Hello o a Leonardo Castellani, e incluso al imposible León Bloy.

Vicente BERROCAL

Carlos Egües, *San Martín. Su pensamiento político*, Mendoza, Ediciones Culturales de Mendoza, 2023,

Carlos Alberto Egües es abogado y doctor en derecho. Ha sido profesor de la Universidad de Mendoza y de la Nacional de Cuyo. Su especialidad es la historia de las ideas políticas –que enseñó por más de cuarenta años– con inclinación hacia las argentinas. Pruebas al canto: su tesis doctoral sobre Mariano Moreno y el más reciente sobre Juan Martín de Pueyrredón. También ha cultivado la historia del derecho, especialmente el constitucional, a la que ha dedicado artículos varios y un libro sobre las reformas constitucionales en Mendoza.

Egües es miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, lo que engalana a nuestra provincia. Ha sido Director del Instituto de Estudios Constitucionales y Políticos, fundado por nuestro común maestro Dardo Pérez Guilhou. Para más datos, he compartido con él la cátedra de Historia de las Ideas Políticas en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Mendoza. Durante tres décadas me he beneficiado de su amistad y me he lucrado largamente de sus conocimientos.

Egües tiene una preferencia por el ensayo –alguna vez me lo manifestó abiertamente–, pero no por ello rehúye de la obra erudita. Pero su estilo suele hallarse tironado por el gusto, de un lado, y las exigencias académicas, del otro. Este libro sobre San Martín me parece un ejemplo de lo que digo: ligero, sin grandes pretensiones, el estudio del pensamiento político de José de San Martín, el Libertador, camina hacia un ensayo de síntesis pero tropieza con la necesaria referencia erudita. Tengo la impresión de que el autor hubiera estado más cómodo con el primer modo de escritura, más libre también, para saldar cuentas con las ideas del prócer americano.

Sin embargo, lo dicho es secundario. Sea como fuere, Egües se embarcó en el estudio y la escritura del ideario político sanmartiniano. Y creo que aquí está el verdadero problema, mejor: la mayor dificultad de su tarea. Porque, en verdad, cuando se lee el libro de nuestro amigo, se tiene la impresión de que intenta sacar jugo a las piedras. San Martín tuvo importancia más por su obra política y militar que por sus pensamientos.

No obstante, Egües se esfuerza en hallar pistas firmes en los papeles de San Martín. Dice bien el autor: el Libertador fue republicano de convicción, pero monárquico de ocasión. El republicanismo se imponía como fermento de la revolución y la monarquía venía exigida por los excesos de las convicciones.

A mi modo de ver, el pensamiento político sanmartiniano se dirime en una dialéctica ya común en el s. XIX, heredero por ello del XVIII. Lo diríamos así, valiéndonos incluso de palabras del mismo San Martín que trae Egües: independencia versus colonia; libertad versus opresión (también tiranía); gobierno propio versus humillación; democracia versus despotismo (o tiranía). Esto explica, entre otras cosas, su adhesión activa a logias masónicas (Egües rechaza que fueran masónicas) y su defensa de la religión católica (que compatibilizaba con la libertad de culto concedida en el Perú durante su gobierno).

Ahora bien, lo interesante de la historia –que Egües ha recordado al final de su breve libro– es que, entre las convicciones y las conveniencias, San Martín cayó en la desilusión: los hechos en América libre e independiente acabaron por mostrarle que los esfuerzos «ilustrados» acababan en la anarquía, la falta de

respeto a las leyes, los gobiernos siniestros y maquinadores (como el de Rivadavia), las ambiciones personales (como la de Bolívar), poniendo en riesgo esa independencia por la que él había luchado en armas.

Instalado en Europa, oteando el panorama americano, decía en sus cartas que el problema en este suelo no eran los hombres sino «las constituciones que los rigen». Y no atinaba a otro remedio que borrar con el codo lo que había escrito con la mano: las instituciones republicanas debían ser reemplazadas por «el establecimiento de un gobierno fuerte; o más claro, absoluto, que enseñase a nuestros compatriotas a obedecer» (p. 106). No parece que en sus palabras San Martín hiciera un *mea culpa*. Lo que hubiera correspondido a su noble figura, pues fue él uno de los responsables de la anarquía americana.

Hay un par de temas en el libro que no quedan claros, por caso, el de las logias lautarinas, especialmente por su derivación de la masónica logia de los Caballeros Racionales, a su vez brazo de la logia establecida en Londres por el neogranadino Miranda. Tampoco se ha pasado en limpio el balance entre monarquismo y republicanismo, especialmente considerando el rechazo final a los resultados por el propio San Martín.

Un tema menor, tocado al pasar, es el de las guerras carlistas: Egües menciona solamente una (la primera, que va de 1833 a 1840) y dice que la derrota del carlismo fue definitiva, cuando se sabe que hubo tres guerras que se prolongaron hasta la década de 1870.

Concluyo. San Martín es el ejemplo perfecto de lo que, en otras ocasiones, he llamado «la república imposible» en Argentina. Dos siglos de fracasos y frustraciones, más una década de yapa, lo prueban con holgura. Imponer el gobierno popular con la fuerza del sable otorga tanta estabilidad como hacerlo por una constitución racionalista. Las quejas, los dolores y las renunciaciones del Libertador sirven para abonarlo, si los hechos no fueran suficientes.

Dicho esto, aplaudo el libro del amigo y lo felicito con un fuerte abrazo.

Juan Fernando SEGOVIA